

Lecciones de rigor y entusiasmo

El día 10 de junio de 1993 sonó por vez primera la Orquesta de Cámara de la Escuela Reina Sofía. Nació con arreglo a las mejores tradiciones filarmónicas de nuestra Monarquía, bajo el alto patrocinio de S.M. la Reina Doña Sofía y entre los muros del Palacio de Oriente: los mismos en los que otros regios personajes acogieron a Bretón, Albéniz, Monasterio, Casals, Falla, Arbós o Pérez Casas. Una orquesta es algo más que un lucimiento y la imagen brillante del centro que la sustenta; se trata de una consecuencia y una necesidad. Consecuencia por la abundancia de valores, continuamente premiados, que reciben última enseñanza en la Escuela; necesidad porque no basta la labor individual, incluso en el caso de contrastados virtuosos juveniles, para que se forme la conciencia de un músico: es imprescindible que ese grupo de solistas se funda en una tarea colectiva. Hacer música juntos: he aquí en tres palabras el secreto para hacerla mejor individualmente. Representa también la orquesta un impulso ilusionado: el cotidiano con su maestro y catedrático Antoni Ros-Marbà y el excepcional y esperado estudio con directores invitados, maestros de resonancia universal, cada uno con especial incidencia en una dirección: Zubin Mehta, Leon Fleisher, James Judd, Lorin Maazel, Enrique García Asensio, José Luis García Asensio, Yehudi Menuhin, Víctor Pablo, Támas Vásáry, Peter Csaba, Maximiano Valdés, Luciano Berio, Jesús López Cobos, y los que seguirán. La Orquesta de Cámara, con el patrocinio de la empresa Freixenet o como mera emisaria de la Escuela, ha recorrido, en pleno triunfo, un crecido número de capitales y ciudades, ha registrado discos que a veces alcanzan una tirada de muchos millares y, en definitiva, se ha convertido en la mensajera de un proyecto ambicioso y siempre ascendente. El sonido transparente, la continuidad rigurosa, la expresión afectiva, el cuidado minucioso de la orquesta de la Escuela Reina Sofía transparentan el ser y la razón de ser del mismo centro. Y sobre todos los factores sumariamente apuntados se alza otro constitutivo y determinante: el entusiasmo. Ya hace muchos años que el compositor catalán Amadeu Vives escribió sobre «el entusiasmo como sal del alma».

ENRIQUE FRANCO

VICEPRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN ALBÉNIZ